

Sobre historia de ayer y de hoy, . . .

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 123 – 22 de abril de 2016

En este número

1. **La consulta a las bases**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **¡Abajo la República!**, *Fernando Sánchez Dragó*
3. **«La derecha felpudo»**, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. **El Quijote como revulsivo**, *Gonzalo Rodríguez García*
5. **Mi alcaldesa es tonta**, *Manuel Parra Celaya*
6. **Reflexiones en tiempos de incertidumbre: Lo necesario de construir una respuesta**, *Josep Miró i Ardèvol*
7. **¿Los últimos días de España?**, *Joseph Stove*
8. **Libros**
 - **Testigo del gran cambio**, *Juan Velarde*
 - **Bajo el fuego y sobre el hielo**, *Juan Manuel Poyato*

La consulta a las bases

Emilio Álvarez Frías

¡Qué cínicos! Ahora, como ya se les van terminando las martingalas para engañar al respetable, montan el espectáculo de «consultar a las bases». Organizan un plebiscito incontrolado salvo por ellos, emiten unas papeletas con dos respuestas respecto a la consulta que hacen, dicen por cuál de las dos respuestas van a votar ellos, y a esperar, pues el resultado se conoce de antemano. Y a esto lo llaman ser demócratas. Y los bobalicones que les siguen se lo creen.



Estos marrulleros son los que quieren dirigir el país, y no soportan a los que no se dejan engañar.

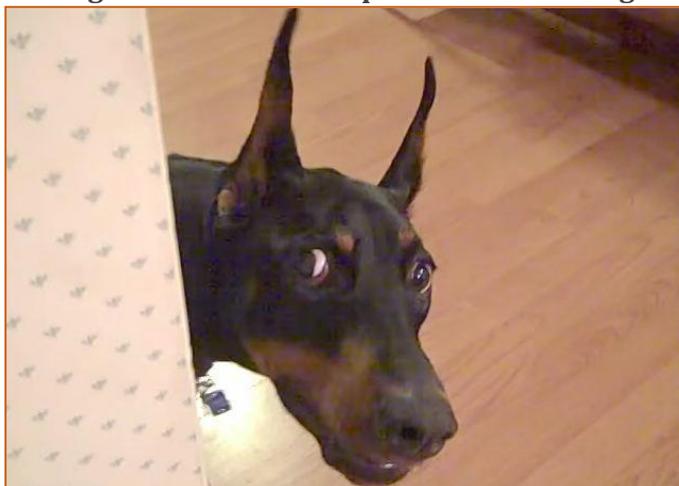
Y con esos y otros chanchullos nos han mantenido cuatro menes ya a la espera de un gobierno que pueda hacer los deberes para que España continúe su andadura con alguna ligereza, pues poco a poco se le van atascando las articulaciones y llegará un momento, si seguimos por este camino, que entrará en una osteoporosis total.

Queda una semana para que terminen los juegos en los que andan metidos, e ir después a unas nuevas elecciones. Total, seis meses tirando los dados sin que ninguno termine la partida. Menos mal, porque si Pedro Sánchez y sus corifeos consiguieran el triunfo, ¡adiós país!

Sigamos en la espera, para lo cual tenemos nuestros botijos. Hoy lo hacemos en compañía de uno bautizado con el apellido del celeberrimo Picasso a ver si, recordando las genialidades del artista, reciben iluminación nuestros políticos.

Fernando Sánchez Dragó

La Guerra Civil no empezó un 18 de julio, sino un 14 de abril. Esta semana han reaparecido banderas tricolores en algunos ayuntamientos. Vivir es ver volver. La guarnición de Melilla se sublevó en una tarde aciaga del 36 contra el Gobierno de la República y activó el mecanismo de lo que unas horas después ya era Movimiento Nacional apoyado por la mitad de los españoles. Comenzaba así la enésima guerra civil de nuestra sangrienta historia. El 1 de abril de 1939 el actor Fernando Fernández de Córdoba se dirigió a las dos mitades de España entera por los micrófonos de Radio Nacional y puso voz al último parte del conflicto: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos. La guerra ha terminado». No era cierto. La guerra siguió en los montes que servían de refugio a los maquis, siguió en las células clandestinas de los partidos puestos fuera de la ley, siguió en las cárceles, siguió en las tribunas del exilio y siguió, sobre todo, en el corazón fratricida de los españoles. Casi ocho lustros después, tras morir el Caudillo invicto y sufrir la historia un brusco golpe de timón, acabó por segunda vez esa guerra interminable. Los políticos de la Transición repitieron el abrazo de Vergara y suscribieron un armisticio. No duró mucho. A mediados de los noventa, por motivos electoralistas que de poco le sirvieron, Felipe González soltó el *doberman* cainita que estaba agazapado en su jaula y que ya no volvió a entrar en ella. Menos de una década después se materializó en La Moncloa el lunático que no tardaría en empuñar la azada para reabrir las fosas convirtiéndolas en trincheras. La Ley de Memoria Histórica, tan dañina como inútil, jaleada por unos y denostada por otros, volvió a desatar las hostilidades entre las dos Españas que hoy como ayer siguen helando el corazón de los españolitos que vienen al mundo y que ya no tienen ni la más mínima idea del horror que precedió al alzamiento del 18 de julio y al que de él se derivó. Así andamos. La llamada Guerra de los Cien Años que en los siglos *xiv* y *xv* se libró entre Inglaterra y Francia duró en realidad ciento dieciséis. La nuestra va ya por los ochenta y cinco. ¿Iguallaremos la plusmarca de los franceses y los ingleses? ¡Qué va! La superaremos. Para chulos, nosotros. Nuestra guerra civil no acaba nunca.



Tomado de *El Mundo*

«La derecha felpudo»

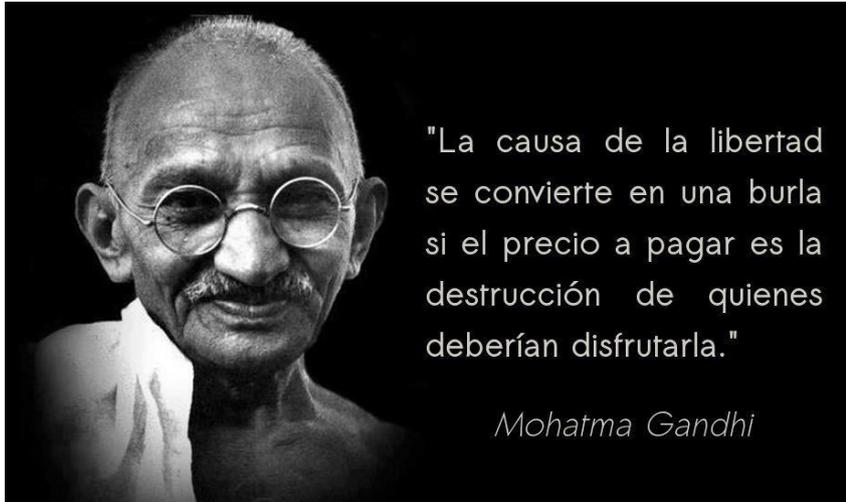
José M^a García de Tuñón Aza

Es el título que hace unos días el escritor Juan Manuel de Prada denominaba a uno de sus artículos que habitualmente publica en el diario madrileño *ABC*. No podemos decir que Prada desconoce a José Antonio, pero sin nombrarlo no hay que pasar por ninguna Universidad para saber que la frase que escribió en el citado artículo se la estaba atribuyendo a José Antonio Primo de Rivera. Tanto es así que algunos medios, con enorme desconocimiento, enseguida salieron a repetirla diciendo que era una copia de la que un día dijo el fundador de Falange. Esta es la frase que escribió Prada: «Alguien dijo –y no lo dijo retóricamente– que prefería la bala

marxista a la palmadita derechoide». Pues bien, estas palabras jamás las pronunció José Antonio. Es una de tantas que los ignorantes de turno le atribuyen como la de «mitad monje y mitad soldado». Un día alguien escribe que las pronunció José Antonio y ahí van quedando y repitiendo sin que nadie les ponga freno.

Juan Manuel de Prada publicó hace años, en 1996, una novela que tituló *Las máscaras del héroe* en la que cita varias veces a José Antonio y en una de ellas recuerda la composición, en el sótano de Or-Kompón, la composición del *Cara al Sol* al que de Prada llama «un himno recorrido de necrofilia y camaradería espartana». A continuación escribe: «...como el café Lyon D'Or, donde tenían alquilada una cripta a la que sólo ellos tenían acceso. José Antonio organizaba unas tertulias en las que, sin embargo, apenas se abordaban temas políticos, puesto que sus participantes serán siempre escritores. A la postre, el movimiento que fundo estaría más cerca de Garcilaso que de Mussolini».

Debido a frases como éstas o parecidas, que aparecen en su novela, algunos *inquisidores*, como él los llama, insinúan que escribió *Las máscaras del héroe* para reivindicar la figura de José Antonio. De Prada se enfada, lo niega rotundamente, contestando en un artículo que escribe en *ABC*, que titula *Inquisidores*, donde termina diciendo que le entran ganas de cerrar el quiosco y dedicarse a la vida vegetativa. De todas las maneras, muy recientemente, de Prada vuelve a coincidir con José Antonio después de que éste, en el discurso del Teatro de la Comedia el día 29 de octubre de 1933, hace referencia a «cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se



llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente». Por su parte, el escritor en *XL Semanal*, en un artículo que titula *Paradoja de la libertad*, comienza escribiendo: «Resulta muy aleccionador someter a revisión crítica las enseñanzas que nos transmitieron en las escuelas. Recuerdo, por ejemplo, cómo en clase de Historia nos presentaban siempre a Rousseau como uno

de los más grandes prohombres que vieron los siglos, y su obra *El contrato social* como una de las piedras angulares de la democracia. Con el paso del tiempo, uno entiende que muchas de aquellas enseñanzas que recibíamos eran una amalgama fétida de lugares comunes y afirmaciones mostrencas, hijas de la pereza mental y sazonadas por el prestigio desmesurado que determinados movimientos históricos y corrientes filosóficas tienen entre las gentes gregarias...».

Prada lo escribe, citando de nuevo el *Cara al Sol*, al que la *Gaceta* dedicó un número especial siguiendo la estela del artículo que escribió el Alfonso Ussía. Como el lector recordará, el periodista salió en defensa de una joven que por tararear el himno falangista en un programa de televisión pidieron, los intolerantes de siempre, fuera expulsada del programa donde participaba. Son los mismos que nada han dicho cuando el pasado 14 de abril en varios edificios oficiales dejaron que ondearan la bandera de la II República que algunos tanto añoran, aunque olvidan que, además de ser muy discutible su legalidad por mucho que digan los autoproclamados expertos en política e historia, comenzó quemando iglesias y siguió, poco tiempo después, profanando tumbas y asesinando a sacerdotes y frailes en la Revolución del 34. ¡Qué país Miquelarena! ¡Qué país!

Progresismo y reformismo:

El Quijote como revulsivo

Gonzalo Rodríguez García

Historiador

Para quien lea hoy día El Quijote, entre los numerosos temas transversales que recoge así como más allá del sentido del humor y las cuestiones más evidentes que traslada, muy posiblemente le quedará una sensación como de cierta lástima. También quizás como de oportunidad perdida.

Lástima por ese hidalgo enloquecido que pierde el contacto con la realidad y lástima de esa sociedad mayormente cínica e insensible que lo hace burla. Una historia en el fondo triste en la que también puede quedar la sensación de oportunidad perdida u ocasión desperdiciada. Tanto para el protagonista como para los personajes que se le cruzan. Porque don Quijote llena su alma con los paradigmas de la Tradición, el Caballero y el Héroe, pero confunde las cosas y no



entiende ese lenguaje de leyendas y mitos en su correspondiente sentido simbólico y metafórico, tomándolo por el contrario en sentido literal. Siendo entonces que choca con la realidad y ésta lo tritura y machaca sin piedad. Pero también oportunidad perdida para ese gran número de personajes con los que se va cruzando y que reconociendo la locura del protagonista, hacen burla y escarnio de él sin reparar sin embargo en la gran verdad que pudiera subyacer a su discurso. Siendo entonces que salvo unas pocas excepciones, la mayor parte de ellos caen en la bajeza o la mediocridad.

Es de este modo que el valor de «Gran Relato» que poseen el Mito y la Leyenda, de narrativa evocadora capaz de despertar el alma a las Verdades de la Vida, queda así fuera de juego. Por la locura de uno y por el cinismo de los otros, siendo entonces que la oportunidad de regeneración y despertar que el Espíritu y la Tradición prometen se pierde.

Hay así en todos ellos una falta de Sabiduría a la hora de entender el discurso de la «Caballería Andante», y es por ello que éste se mal logra. Y es que toda acción en el Mundo que pretenda dar buenos frutos, debe estar enraizada en la Sabiduría...

Debemos entender de esta manera que la clave del Quijote residirá precisamente, en ese valor simbólico y alegórico del lenguaje del Mito y la Leyenda. Lenguaje que no pretende decirnos cómo es la realidad, sino que pretende hablarnos de las «Verdades de la Vida y el Hombre». Verdades que precisamente por su sentido espiritual, se trasladan con el lenguaje de la Tradición.

A partir de aquí, aquel que sienta la llamada de «las verdades de la vida» más allá de las comodidades burguesas o las preocupaciones mundanas, se sensibilizará con el lenguaje del Mito y la Leyenda y hará suyos los principios de la «Caballería» y la Tradición. Pero no para chocar con la realidad. No entendiendo el mito literalmente, como si fuera posible encontrar dragones custodiando tesoros bajo montañas lejanas. Sino en ese sentido simbólico que le es propio y que da al sujeto las claves espirituales para construirse auténticamente como persona. Esto es, para hacerse señor de sí mismo y Hombre fuerte y libre. Capitán de su propia vida y

paladín de un estilo y una ética, que se viven como fundamento esencial de toda sociedad verdaderamente sana.

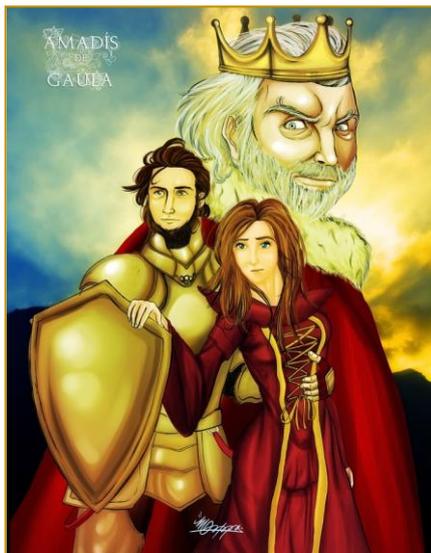
Del mismo modo, el cínico que en el Mito y la Leyenda no ve más que la divergencia de éstos respecto de la realidad, termina por darlos la espalda como mera fantasía inane haciendo entonces de la más pura mundanidad, su único horizonte de sentido. El cínico se burla así del dragón bajo la montaña, pues sabe bien que en el mundo real dicho y dragón y montaña no existen, y escapándosele la enseñanza espiritual que el Mito y la Leyenda atesoran, queda entonces abocado a la lectura alicorta, mediocre y en ocasiones rastrera de la existencia humana.

Ya sea el Quijote, ya sean los nobles que lo burlan, ninguno de ellos parece entender así cuál es la propuesta de la Tradición y a ambos de algún modo, la realidad termina por machacar. Ya sea ese don Quijote vapuleado por unos y otros, ya sean esos nobles burlones, decadentes y nihilistas, que en la bajeza que muestran con don Quijote, muestran también su fracaso frente a las verdades de la vida.

Es entonces cuando el lector de la inmortal obra de Cervantes reacciona. Siente lástima de todos ellos pero también, una saludable indignación. Pues en su corazón se despierta la rebeldía de saber que él no es así, y que en él no quedará la oportunidad perdida: Ni se volverá loco y verá gigantes donde no los hay, ni dará la espalda al Espíritu y se convertirá en un cínico sin honor ni vergüenza.

Es en ese momento cuando el Quijote se convierte en un auténtico revulsivo para el alma...

Pues sin esa «Gran Narrativa» del Mito y la Leyenda, se hace difícil despertar a las verdades de la vida y sin ellas, el sentido último de la existencia en el mundo real termina por perderse. Y eso es precisamente lo que no estamos dispuestos a consentir...



Porque no queremos la vida gris de la mundanidad que como a don Quijote se nos queda pequeña. Y por supuesto no aceptamos el cinismo y mediocridad de esos que se burlan de don Quijote y hacen de dicha mundanidad, su única referencia vital.

Nosotros somos los que leeremos «el Amadís de Gaula» y ni nos volveremos locos ni lo tomaremos como una mera evasión o fantasía vacía. Muy al contrario encontraremos en el lenguaje del Mito y la Leyenda las Verdades de la Vida y el Hombre y desde ellas, nos zambulliremos totalmente en la realidad. Viviéndola con una intensidad que la mediocridad del cínico no puede concebir y que los desvaríos del loco no le dejan alcanzar. Unos y otros fracasados y alienados en la prueba y desafío de la existencia humana. Allá donde nosotros estamos

determinados a triunfar. A ser y vivir de verdad.

Ese es el revulsivo del Quijote. La enseñanza perenne que nuestro tiempo necesita como agua en el desierto y nuestra juventud debe conocer como faro en la oscuridad.

Un camino de Espíritu y Caballería. Un camino que es enseñanza para la forja del alma en la sabiduría y el vivir auténtico y de verdad. Con la existencia como aventura y como empresa.

No cabrá así en nosotros ni la alienación del que toma los Mitos y Leyendas como realidades. Ni la ofuscación de quien sin entender el valor simbólico y espiritual de la Tradición, la da la espalda como mera fantasía. Viviendo entonces sin más horizonte que la mera vida mundana.

Nosotros no somos así...

Nosotros queremos vivir en serio y de verdad. Por eso nos rebelamos al leer el Quijote y lamentamos la locura de uno y la bajeza de los otros y a partir de ahí, nos decidimos a triunfar donde todos ellos fracasaron...

Tomado de *La forja y la espada*

Mi alcaldesa es tonta

Manuel Parra Celaya

Los lectores de mi edad recordarán que, cuando en nuestras aulas infantiles se ausentaba el maestro, siempre había algún rebelde o coñón que se apoderaba de la tiza y escribía en la pizarra «Fulano es tonto». Como aún no se había inventado el *acoso escolar* ni la *mediación*, si Fulano se consideraba agraviado, retaba al grafitista a la hora del recreo o a la salida e intercambiaba con él un par de bofetadas; y aquí paz y después gloria. Claro que algunas veces la ingenua pintada era cierta porque Fulano era, en verdad, tonto de capirote.

Como, por causa de la postmodernidad y del igualitarismo democrático, ya no hay maestros reconocidos ni en el campo de la cultura ni en el de la política, me voy a permitir escribir en este encerado periodístico la frase que encabeza estas líneas: *Mi alcaldesa* –es decir, la de Barcelona, la señora Ada Colau– *es tonta*. Los inquisidores de ese igualitarismo, devenido en dogmática religión secular, me van a avisar rápidamente de que esa señora obtuvo su cargo por los votos de un gran número de barceloneses y por ello ocupa el sitial de la Plaza de San Jaime; en este caso, como lo de «un hombre, un voto» siempre me ha parecido que hace agua por alguna parte, no me importa volver a la pizarra y escribir que también son tontos muchos de quienes la votaron (espero, eso sí, que no me reten todos a la vez a la hora del patio o a la salida del cole).

Esta señora es la que ha colgado en su twitter esas lindezas sobre el Día Nacional de España y de la Hispanidad: *genocidio, resistencia indígena, no hay nada que celebrar*, descolgándose además con un salivazo de colmillo contra el desfile militar, dice que por su alto coste. No la han ido a la zaga el alcalde de Cádiz y un presunto actor, «representante del mundo de la Cultura», pero, como el primero me pilla un poco lejos y del segundo he tenido la inmensa suerte de no ver ninguna de sus actuaciones, me quedo con la señora Colau, mi alcaldesa.

En principio, pensaba escribir este artículo ofreciéndole desinteresadamente información histórica y, de paso, formación. He cambiado de opinión sobre la marcha. ¿De qué me serviría evocarle las figuras de Melchor Cano o Antón de Montesinos, o la Controversia de Valladolid entre Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de las Casas, o el testamento de Isabel la Católica, o las Instrucciones de 1556 sobre las guerras de conquista, o las Ordenanzas de 1573, o el conjunto de las Leyes de Indias; o hablarle de José Sarmiento de Moctezuma y de Tula, primer virrey mestizo, o recordarle la primera universidad, en Perú, en 1551 o la primera imprenta, en México, en 1535; o mencionar al Inca Garcilaso, si me imagino que nunca ha oído hablar de todo esto ni le interesa? La señora Colau, mi alcaldesa, se ha quedado, como la mayoría de *progres*, con cuatro tópicos arañados de la añeja Leyenda negra, que es como la Leyenda Rosa, pero en más tonto aún y con mayor mala uva.

No sé cómo habrán sentado sus palabras a los miles de inmigrantes hispanos –que no *latinos*, por cierto– que llenan Barcelona, esos a los que la política *inmersora* y separatista de la Generalidad posponía a los de origen agareno; por cierto, que un buen número de esos hispanos



asistieron el día 12 a la concentración de la Plaza Cataluña a favor de la unidad de España, desmintiendo con sus trazas inequívocamente mestizas la estupidez del supuesto genocidio. Pero, insisto, ¿de qué va a servir informar a la señora Colau que Hispanidad es equivalente a Mestizaje, o de esa «*raza cósmica*» de la que escribió Vasconcelos, porque tampoco sabrá a qué me refiero? Por cierto, me encanta ir a comprar a una frutería cercana a mi domicilio regida por unos simpáticos peruanos de tez morena, y creo que he hecho buenas migas con ellos; me he de acordar de preguntarles su opinión sobre los twitters de mi alcaldesa, que también es la suya...

¡Pobre Barcelona, antigua ciudad abierta, culta y universal, cuyo pandero está en tales manos! Algo parecido están ya opinando muchos comerciantes y empresarios al respecto, y desconozco si algunos de sus entusiastas votantes de antaño. En general, ¡pobre España, incapaz de insuflar un poco de cultura y de sentido común a alcaldes y «*artistas*» de la progresía! O, mejor, ¡pobre pueblo español, que se debate eternamente entre la demagogia y la abulia, sea con votos o con garrotazos!

Algún lector habrá que me eche en cara ser muy blando en el título o en el contenido de este artículo; pero es que, en el colegio, me enseñaron también desde pequeño a no proferir palabrotas...

Reflexiones en tiempos de incertidumbre: La necesidad de construir una respuesta

Josep Miró i Ardèvol

Presidente de e-Cristians

Miembro del Consejo Pontificio para los Laicos

El riesgo de la marginalidad cultural y política de los cristianos y del cristianismo en Cataluña. La necesidad de construir una respuesta

En la web de participación del Ayuntamiento de Barcelona un ciudadano formuló la iniciativa no asumida por la institución: la expropiación y derribo de la parroquia de Santa María de Gracia, con el fin de ampliar una escuela vecina. De los comentarios que apoyaban la propuesta llamaba la atención que la mayoría se formulaban desde la «utilidad»: «la educación es muy importante», y a «la escuela le falta espacio, mientras que a la parroquia va poca gente». Estamos ante un hecho que invita a reflexionar.

Aquella contraposición entre utilidad de lo cotidiano y nimiedad de lo sagrado, solo es posible cuando el hecho religioso se ha transformado en marginal, para después convertirse en obstáculo para satisfacer las necesidades, o los deseos, sobre todo los deseos, de la gente: la desaparición del hecho religioso en todo lo que tenga de público, porque una vez establecida su marginalidad toda iniciativa colectiva, o pública deviene superior. Es una gran ingenuidad católica pensar que se puede ser marginal política y culturalmente, y que todo siga igual.

Hay otros casos que apuntan en la misma dirección. Es el caso del Cristo y la Cruz de Sant Carles de la Ràpita «investigado» por la alcaldía para determinar si deben ser o no derribado porque fueron construidos en tiempos de Franco. Hay que mencionar que no hay ninguna referencia alusiva a este hecho porque la placa que existía hace tiempo que fue retirada. El propio Síndic de Greuges de Cataluña que tiene la responsabilidad de velar por los derechos de los ciudadanos ha escrito al Ayuntamiento con unos términos ideológicamente muy orientados señalando que ha abierto de oficio una «investigación» sobre «un monumento de exaltación franquista» refiriéndose a la cruz y en la imagen de Jesucristo.

Pero observemos ahora el fenómeno contrario. Hace poco se produjo la ocupación de un edificio municipal en Sants, afectado por la cobertura de las vías de FFCC; es Can Vies, fuente de conflicto con los vecinos a causa del poco civismo de los ocupantes. A pesar de este hecho, y la necesidad

de derribarlo, el anterior consistorio del Alcalde Trias acabó pactando una especie de continuidad fáctica, y la actual de la Alcaldesa Ada Colau da a los ocupantes todas las facilidades para continuar.

La Iglesia, cuna de Cataluña, y sujeto central de múltiples actividades positivas, que predica un ideario convivencial y respetuoso, ve a menudo menospreciada su presencia y sus derechos consuetudinarios, mientras grupos teóricamente marginales, que predicán y practican una doctrina de enfrentamiento y fuerza consiguen respeto y reconocimiento. ¿Cómo es posible?



Es la consecuencia de una gran contradicción. La Iglesia mantiene una gran centralidad social, asistencial y educativa; también patrimonial, arquitectónica, artística, material. Llega allí donde los poderes públicos no llegan o no pretenden llegar. Pero a la vez se ha convertido en cultural y políticamente marginal, irrelevante. Mientras otras concepciones que practican la exclusión del hecho cristiano, al que estigmatizan, se han convertido en hegemónicas,

culturalmente, y por lo tanto política. Hegemonía que significa que las concepciones de un sector, son aceptadas por la sociedad como la expresión de lo que piensa y quiere la mayoría, aunque en términos de práctica real no sea así.

Algunos cristianos aún piensan cuando se produce un acto irreverente, que buscan la polémica. ¡Qué ceguera! La fase de la polémica está superada. Ahora sencillamente lo que hacen con este tipo de actos es afirmar su hegemonía en la vida pública.

En su declaración conjunta el Papa Francisc y el Patriarca Kirill de Moscú afirmaban: «Estamos preocupados por la limitación de los derechos de los cristianos, por no hablar de la discriminación contra ellos, cuando algunas fuerzas políticas, guiadas por la ideología del secularismo que cuando se vuelve agresivo, tienden a empujar al margen de la vida pública». Es nuestra situación.

Los efectos de todas las contradicciones y desequilibrios irán a más si no se produce la respuesta necesaria que puede adoptar formulaciones diversas. Pero dos son necesarias: el Reagrupamiento Cristiano, que haga posible una mejor y mayor presencia en el espacio público, y el proyecto cultural capaz de concretarlo.

A la respuesta estamos llamados todos. Los cristianos de fe y los de cultura y, todas las personas que queremos progreso social y económico, convivencia y ética eficaz, responsabilidad personal y menos externalidades negativas producidas por la sociedad, buen funcionamiento de las instituciones, más y mejor capital humano y social, y especialmente, de libertad para desarrollar la experiencia y la trascendencia religiosa, en el espacio público.

¿Los últimos días de España?

Joseph Stove

El prestigioso escritor Walter Laqueur¹ publicó «*The Last Days of Europe*», un lúcido estudio sobre las causas de la decadencia europea. El libro no ha sido publicado todavía en España, donde la corrección política se impone.

¹ Presidente del Consejo de Investigación del Center for Strategic and International Studies. Co-editor del Journal of Contemporary History and Wiener Library. Autor de obras como Europe since Hitler y The History of Zionism.

Laqueur trata de dar respuesta a la cuestión de qué ocurre en una sociedad cuando bajos índices de natalidad sostenidos, envejecimiento, se juntan con una inmigración.

Por supuesto que España no se escapa de su agudo análisis y deja constancia de su rol en el «landslide» europeo.

El contexto sociocultural que expone Laqueur, es motivo para reflexionar sobre las singularidades que aquejan a España y que no comparte con ningún otro país de Europa, lo que hace de su situación algo particularmente grave.

- En España, a 30 años de aprobarse su última constitución, el modelo de estado sigue sin cerrarse, lo que se ha traducido en una dinámica de descomposición. En un arrebató de originalidad se puso en práctica un modelo excepcional en el constitucionalismo comparado: el «estado de las autonomías».

Su materialización ha consistido en ir desposeyendo, paulatinamente y sin pausa al Estado de sus competencias, creando a la vez fronteras interiores basadas en exclusivismos artificiales y en diferentes niveles de bienestar.

- España es el único país de Europa con un terrorismo propio, de carácter secesionista, donde sus miembros simpatizantes están en las instituciones del estado y reciben ayuda de los presupuestos públicos.
- En España, se relativiza, o se niega el concepto de nación, impulsado por un «status» de idiosincrasia política que permite la puesta en manos de exiguas minorías independentistas, resortes políticos que cualquier estado con un mínimo sentido de la supervivencia no osaría considerar, ni tan siquiera en tono de broma, su transferencia a las regiones. Ejemplo: la educación.
- Y, sobre todo, existe un hecho de enorme importancia social: el pueblo español cree que vive en una democracia consolidada. Se instaló en la opinión pública la certeza que era madura y estaba bien informada, que había una clase política experta y con sentido de estado, que funcionaba la separación de poderes y actuaba como la fortaleza de la democracia, dado el vigor y prestigio de sus instituciones. Todo una falacia.



Un largo periodo de crecimiento económico y bienestar material enmascaró durante años la metástasis que corroía el cuerpo nacional. El fin de los sueños se produjo el 11 de marzo de 2004. Un ataque, posiblemente por parte de un actor no estatal, en forma de acción terrorista, iba a poner de manifiesto la enfermedad terminal que aquejaba a España.

La sociedad lo encajó como un «atentado», un hecho al que estaba acostumbrada por las innumerables acciones de ETA y que tenía su liturgia particular. Pero, esta vez, el ataque era de carácter «apocalíptico», no era «selectivo» como los anteriores. Tenía un objetivo claro, destruir España como actor estratégico. Los casi doscientos muertos y los cientos de heridos, efecto material del ataque, sólo eran el catalizador para alcanzar los efectos estratégicos; los «cerebros» habían materializado su trabajo.

El pueblo español fue engañado. No había sido casual que España fuese elegida como blanco. La debilidad de sus instituciones y la vulnerabilidad de su opinión pública, la hacen pieza adecuada para asestar un duro golpe al mundo occidental, suprimiendo a uno de sus peones. A partir del 11 de marzo de 2004, España desapareció como actor estratégico y se volvió hacia sí misma, como había hecho en los dos siglos anteriores. Una ola de «catetismo» invade el país. La fabricación de «diferencias» entre regiones se acentuó, «la España plural», a la vez que la Constitución se adapta convenientemente a las circunstancias.

Se apeló a la «memoria histórica», como si de la Guerra Civil al postmodernismo de principios del siglo XXI no hubiese ocurrido nada, y se articuló una política de «ampliación de derechos» que no era más que ingeniería social, al más puro estilo orwelliano.

El 11 de marzo de 2004, se convirtió en fecha incómoda. La sociedad española no consideró la acción terrorista un ataque a su integridad, sólo una retribución por una errónea política exterior. Cualquier estado moderno que sufriese una agresión semejante habría empleado los resortes adecuados para conocer quién promovió el ataque y a quién beneficiaba, en el ámbito internacional, para actuar en consecuencia. Pero a una sociedad que se le había inoculado el «no a la guerra», por parte de una izquierda insolidaria, no podía concebir que alguien emplease la violencia organizada para alcanzar fines políticos.

La «verdad judicial» aclararía el hecho. Hoy se conoce dicha verdad, pero poco se sabe de quién ordenó el ataque y a quién benefició en el ámbito internacional. La opinión pública, dirigida por la clase política de izquierdas, no quiere ni volver a oír hablar del tema.

Como señala Laqueur, su sociedad está enferma y su mediocre clase política es incapaz de encontrar el tratamiento adecuado ya que, sin excepciones, se embarca en una huida hacia adelante, alabando el «estado de las autonomías» y evitando las referencias éticas.

Si no se reacciona, todo hace indicar que *"The last days of Spain"* serán un hecho.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Testigo del gran cambio

Juan Velarde

Conversaciones con Mikel Buesa y Thomas Baumert

Ediciones Encuentro, 2016, 256 pág.

Pocas personas encarnan mejor que Juan Velarde la historia económica de nuestro país desde mediados del siglo pasado hasta nuestros días. Y no sólo porque sea uno de los principales protagonistas del desarrollo que ha tenido en estas décadas la ciencia económica como disciplina académica en España, sino porque también ha sido testigo privilegiado de los grandes hitos económicos que han tenido lugar en estos años y que han conllevado la modernización de la política económica nacional y, por ende, de la sociedad española en su conjunto.



Este libro recoge los recuerdos y memorias del profesor Juan Velarde a través de unas extensas conversaciones con Mikel Buesa y Thomas Baumert, en las que, de forma rigurosa pero distendida, se repasan los principales episodios de su vida y que, en sus propias palabras, «sirven para iluminar lo sucedido en alguno de los episodios más apasionantes de la historia contemporánea de España y, sobre todo, el período que transcurre desde los años 30 a los 70, en el que España experimenta ese “gran cambio” del que pude ser testigo activo y que da título al libro».

Todo ello sazonado con numerosas anécdotas –en su mayor parte inéditas– referidas a personas y sucesos relevantes que harán las delicias de los lectores.

Juan Velarde

(26-06-1927, Salas, Asturias) se licenció en Ciencias Económicas en Madrid, en la primera

promoción de esta carrera en España y obtuvo el doctorado con Premio Extraordinario en 1956.

Fue Catedrático de «Estructura e Instituciones Económicas» en la Universidad de Barcelona en 1960 y de «Economía Aplicada» en la Universidad Complutense de Madrid desde 1964, siendo actualmente Catedrático emérito de esta universidad.

Desde enero de 2015 es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Ha sido Consejero del Tribunal de Cuentas (1991), Presidente de la Real Sociedad Geográfica y Vicepresidente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Premio «Príncipe de Asturias» de Ciencias Sociales (1992). Premio «Jaime I de Economía» (1996). Premio «Infanta Cristina» de Economía de Castilla-León (1997). Premio de Economía Rey Juan Carlos (2002). Premio Campomanes (2005). Es Doctor *Honoris Causa* por varias universidades y miembro de diversas academias internacionales.

Thomas Baumert

Thomas Baumert (Flörsheim am Main, Alemania, 1976) profesor de Economía y de Estadística en el Centro Universitario Cardenal Cisneros, se ha especializado en economía de la innovación, economía del terrorismo, historia del pensamiento económico alemán y español, así como el análisis económico del Derecho Premial. Doctor en Economía por la Complutense de Madrid, Licenciado en ADE y en Ciencias Políticas y Sociología, cuenta con estudios de postgrado y es autor de numerosas publicaciones.

Mikel Buesa

Mikel Buesa (Guernica, 1951), catedrático de Economía Aplicada en la Universidad Complutense de Madrid, se ha especializado en economía española, economía de la innovación y economía del terrorismo. En la década de los 2000 desarrolló una intensa actividad de lucha contra el terrorismo desde la sociedad civil, primero en el Foro Ermua y después en la Fundación para la Libertad. Recibió, por ello, en 2003, la Medalla de la Orden del Mérito Constitucional. Es colaborador habitual en diversos medios de comunicación y autor de una veintena de libros.

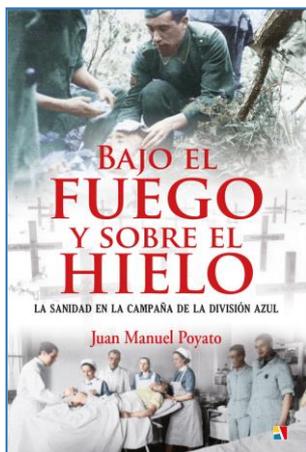
Bajo el fuego y sobre el hielo

Juan Manuel Poyato

La Sanidad en la campaña de la División Azul

Editorial Actas. 2016, 640 pág. Más 64 de fotos

En la obra se desgana algo hasta hoy día completamente ignorado y sin referencia



previa alguna: la historia, organización y funcionamiento del escalón médico que acompañó a la División Española de Voluntarios al frente de Rusia de 1941 a 1943. Desde una escritura amena pero sin merma ninguna de rigor, el autor hilvana un completo estudio de la logística médica entonces diseñada para afrontar una empresa de colosales dimensiones. Intercalando testimonios, vivencias, recuerdos e incluso anécdotas, los sucesivos capítulos vierten de forma ágil y entretenida la amplia información recopilada en los archivos oficiales británicos, norteamericanos, alemanes, rusos y españoles consultados, así como los datos inéditos cedidos por fondos y colecciones privadas. Se detallan y analizan los medios humanos y materiales que se planearon para prestar un servicio

de calidad y, a la par, soportar una meteorología inclemente en el frente de mayor

letalidad de toda la contienda mundial; hecho confirmado por estadísticas que hablan de más de 25.000 hombres entre fallecidos, heridos, enfermos, congelados, mutilados, prisioneros y desaparecidos. La narración de la vida diaria, las dificultades de médicos y sanitarios españoles, sus relaciones con la población local rusa, sus diferencias con los colegas alemanes, su particular visión de la guerra y las imágenes que las ilustran, se combinan de forma tan astuta que resulta especialmente difícil sustraerse al encanto de su lectura.

R.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.